

EL BARRIO DE LOS CALLEJONES SIN SALIDA

A medida que mi mente se iba aclarando, me di cuenta que estaba dejando atrás el Barrio de los Ausentes y la penumbra no me permitía ver con claridad el camino.

De golpe, un paredón me impidió avanzar. Volví sobre mis pasos, flanqueado por otros viejos paredones, en cuyas entrañas parecían latir los sonidos de las fábricas que alguna vez contuvieron. Más allá, las casas; humildes, algunas de madera y chapa, otras de ladrillos y revoque, con el típico frente de una puerta y una o dos ventanas ornamentadas; las más presuntuosas con un piso de alto y todas traídas en la imaginación y el corazón de los inmigrantes que las construyeron. Así se iban alternando galpones, fábricas y casas, como en un tejido de lanas, hilos rústicos y sogas de barco.

Creí llegar a la esquina por donde había entrado, pero otra pared, que si no hubiera sido por su vejez habría jurado que no estaba ahí cuando llegué, me impidió salir. Al doblar, recordé los frentes de las casas y las fábricas. Estoy volviendo, pensé...

Con esa tranquilidad que dan los paisajes urbanos ya transitados y conocidos, me dediqué a recorrer el Barrio y disfrutar de su peculiar y heterogénea fisonomía, en lo que pensaba que era el camino de vuelta, aunque me seguían inquietando los paredones que cortaban las calle cada dos o tres cuadras.

El silencio era el único personaje en ese este extraño lugar. Ni siquiera se escuchaba el viento entre las hojas de los árboles que formaban una galería, que, iluminada por los faroles invadidos por el tupido follaje, hacían un cielo verde, bajo el cual corrían solo dos larguísimos paredones.

Un pequeño semáforo verde parecía darme paso... adónde, me pregunté. Igualmente lo recorrí para disfrutar ese cielo de ida y de vuelta que desapareció para dar lugar a uno negro, aterciopelado y sin estrellas, al final del cual nuevamente se erguía majestuoso, el terraplén de un ferrocarril cerrando el camino.

Estaba en un barrio de callejones sin salida, sin habitantes. Me pregunté qué habría pasado mientras caminaba y veía que, en realidad, el paisaje se iba transformando a cada paso, y lo que estaba vivo era el Barrio, que me había atrapado. También me di cuenta de que estábamos interactuando cada uno con sus emociones, y que la única forma de escapar del ahogo que me producía era negociar con él una salida.

Eso hicimos.